

2021

## Moisés y El Malverde / Moisés and El Malverde

Jibril Stevenson  
*none*

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.humboldt.edu/toyon>



Part of the [Creative Writing Commons](#)

---

### Recommended Citation

Stevenson, Jibril (2021) "Moisés y El Malverde / Moisés and El Malverde," *Toyon Literary Magazine*: Vol. 67 : Iss. 1 , Article 9.

Available at: <https://digitalcommons.humboldt.edu/toyon/vol67/iss1/9>

This Translation/Multilingual is brought to you for free and open access by the Journals at Digital Commons @ Humboldt State University. It has been accepted for inclusion in Toyon Literary Magazine by an authorized editor of Digital Commons @ Humboldt State University. For more information, please contact [kyle.morgan@humboldt.edu](mailto:kyle.morgan@humboldt.edu).

# Moisés y El Malverde

Jibril Stevenson

Moisés había caminado cuarenta días cuando se encontró con Jesús Malverde.

Él y Josué habían partido de Tegucigalpa antes del amanecer. No se querían ir, pero Moisés había matado a uno de Los Faraones cuando la mara estaba atracando la pulpería de Josué. Seguro que se juzgaría defensa propia en el tribunal, pero él y Josué sabían que sus nombres estarían marcados para la muerte. Moisés tenía un hermano en San Antonio, pues se largaron para el norte.

Ya cuando salían de las selvas del sur a los vales de México central, habían gastado todos sus ahorros y vivían de lo que podían cazar, recoger o robar. Pescando de la ribera del Lerma asqueroso con caña y anzuelo que había encontrado en la basura, Josué agarró algo grande, un bagre titánico de lo que se veía por el agua turbia.

Él y Moisés lucharon con valentía contra el pez hasta que por fin se soltó muchas horas más tarde y muchas leguas río abajo. Se dieron cuenta de que los había arrastrado tan lejos por la ribera que habían salido de la ciudad y se encontraban hundidos hasta la rodilla en el fango salado que era todo lo que quedaba del antiguo Lago Texcoco, de donde los aztecas en sus tiempos habían dominado medio continente.

Él estaba allí, esperando a Moisés. No sabían en ese momento que era El Malverde, por supuesto, aunque habían visto su imagen en las novelas mexicanas. Era tan solo otro paisa en traje de vaquero, que se veía más narco que santo. Aun así, Moisés sabía que este era un sitio sagrado y que tal reunión no podría ser coincidencia, pues le dio a Josué una bofetada en la nuca y los dos se quitaron las gorras por respeto.

—¿Van pa'l norte, muchachos?—preguntó el paisa sin presentarse.

—Sí—dijo Moisés—. ¿Sabe el camino?

Asintió y se acarició los bigotes en contemplación. —Sí, lo sé. Mas no creo que aguantes tanto conmigo.

—Llegamos hasta aquí ¿no?

—Bien, pues. Pero si me molestas con preguntas, te quedas donde estés.

Moisés no tenía miedo. Estaba acostumbrado a no hacer preguntas. Y si el tipo decidiera dejarlo, no habría perdido nada. Hizo señá a Josué, y siguieron a El Malverde a un Chevrolet Silverado cuatro-por-cuatro que había parqueado sobre un canto de tierra firme al borde del pantano.

Josué miró a Moisés con ojos confundidos, pero Moisés sólo sacudió la cabeza.

Manejaron día y noche hasta que llegaron a Guadalajara. El Malverde paró el chevy en un solar baldío donde cientos de personas dormían al descubierto, algunos en las ruinas de una fábrica desierta y otros en el hilo de sombra echada por un tráiler estacionado. Hombres, mujeres y niños, guanacos, chapines y catrachos, yacían exhaustos entres las pocas pertenencias que habían podido traer desde sus países.

Mirando sobre el hombro, El Malverde se acercó al tráiler y puso un paquetito debajo de la cabina. Luego se subió al chevy y arrancó. Mientras el pickup se alejaba del solar, Moisés escuchó una fuerte explosión. El espejo le mostraba las llamas bermejas que saltaban de los escombros del tráiler.

—¿Pero por qué?—preguntó antes de darse cuenta de su error.

—No más preguntas,—dijo El Malverde,—o te quedas a pie.

—Lo siento, caballero. No vuelve a pasar.

Así continuaron su camino, Moisés, Josué y Jesús Malverde, hasta que llegaron a Culiacán. El Malverde parqueó el chevy fuera de una casucha humilde de cemento en un barrio de casuchas iguales.

—Quédense aquí,—dijo y pasó para adentro.

Moisés y Josué escucharon un alboroto y luego vieron a un joven salir corriendo por la puerta. Más fresco que una lechuga, El Malverde le siguió por la puerta y le pegó tres tiros.

El joven se cayó al suelo en un charco de sangre. El Malverde subió al pickup y prendió la radio. Sonaba un bolero triste.

—Vámonos.

Mientras se alejaban de la casa y la voz de una mujer llorando

adentro, Moisés no pudo controlarse y preguntó:

—Usted es un sicario ¿pues?

—No te vuelvo a advertir. Otra pregunta más y tendrás que irte al gabacho caminando.

Manejaron día y noche otra vez, sin que El Malverde mostrara seña de cansarse, hasta que llegaron a Nogales. Allí vieron el Muro, el Muro infame, barrera de acero y cemento que se alzaba diez metros hacia el cielo y dizque tres metros bajo la tierra.

—He visto más grandes,—dijo El Malverde.

Estaban en un punto lejos de la carretera y el puerto de entrada oficial, equidistante de dos vigías donde agentes del Border Patrol en uniformes verde oscuro observaban por las miras de sus ametralladoras pesadas.

Reflectores recorrían el desierto en toda dirección, pero en este único lugar, una maraña de peñascos los escondía de los ojos vigilantes.

A la base del muro, un grupo de migrantes rasgaba contra el muro con pico y hacha, y estaban a punto de abrir un hueco en la parte más débil.

El Malverde disparó su revólver al aire, y los migrantes se dispersaron.

—Vamos,—dijo y sacó unas herramientas de la caja del chevy. Demasiado asustados como para no obedecer, Moisés y Josué siguieron su ejemplo, y juntos arreglaron el roto en el muro.

—Dijo ese gringo que los mexicanos armarían el muro—dijo Moisés cuando habían acabado su extraña labor—, pero nunca me imaginé que ayudaría.

—Strike three—dijo El Malverde—. Aquí es donde nos decimos adiós.

—Está bien—dijo Moisés, no del todo infeliz por separarse de este posible sicópata—. Mas dígame usted ¿quién es? No es sicario cualquiera. ¿Po qué hizo lo que hizo?

—Te dije que no aguantarías conmigo. El dueño del tráiler era de los peores coyotes de México. Iba vender a esa gente como esclavos en Gringolandia.

Moisés asintió. Había oído que tales cosas pasaban.

—El muchacho que maté ya era de los sicarios más pesados

en México, asesino de cien inocentes. Pero su madre es una santa, todavía joven para engendrar otro hijo, quien ha de ser el primer papa mexicano.

Ahora Moisés se quedaba con la boca abierta. ¿Quién se habría imaginado? —¿Y el muro?—preguntó.

—Diez metros bajo tierra, hay un túnel tan profundo y tan ancho que pasan cien a la vez. Si la migra hubieran visto el hueco en el muro, habrían descubierto el túnel y miles de inmigrantes jamás llegarían al otro lado.

¿Cómo pudo ser tan estúpido, Moisés? Claro que un hombre tan sabio no habría arreglado el muro sin razón. Y si hubiera un túnel por debajo...

—No,—dijo Jesús Malverde, que Moisés estaba seguro ahora de que era él—.Tú has de tomar otro camino. Toma este bastón, porque de aquí en adelante andas a pie.

Moisés tomó el bastón, dándose cuenta que le había hecho falta durante su caminata por las selvas sureñas. Se viró hacia Josué.

—Anda por el túnel, vos. Te veo en San Antonio.

Josué asintió y se largó, temiendo a lo mejor que el Border Patrol pronto los agarrarían.

Moisés se viró para despedirse de El Malverde, pero se había desaparecido, sin dejar ni una huella en la arena. El chevy se había desaparecido también. Moisés estaba absolutamente solo en el desierto.

Y sabía justamente que debía hacer.

Después de un mes, Moisés se paró en la playa en el punto más norteño del Yucatán, mirando al norte sobre el Golfo hacia las costas, todavía invisibles, de la Florida. Detrás de él estaban siete mil hombres, mujeres y niños, guanacos, chapines y catrachos, con sus pocas pertenencias metidas en maletas, mochilas y bolsas de basura. Todos esperaban su señal.

Moisés extendió su bastón y tocó la marea.

## Moisés and El Malverde

Jibril Stevenson

Moisés had been walking for forty days when he met Jesús Malverde.

He and Josué had left Tegucigalpa before dawn. They didn't want to leave, but Moisés had killed one of Los Faraones when the gang was shaking down Josué's bodega. It would surely be ruled self-defense in court, but he and Josué knew they would both be on a hit list for sure. Moisés had a brother in San Antonio, so they beat feet for el norte.

By the time they emerged from the jungles of the south into the valleys of central México, they had run through all their savings and were living off what they could hunt, gather or steal. Fishing from the banks of the filthy Lerma with a hook and line he'd found in the trash, Josué caught something big, a giant catfish from what he could make out through the murky water.

He and Moisés fought the fish valiantly until it finally slipped away hours later and many miles downstream. They realized that it had dragged them so far along the riverbank that they were out of the city and up to their knees in the salty muck that was all that remained of the ancient Lago Texcoco whence the Aztecs had once ruled half a continent.

He was there, waiting for Moisés. They didn't know he was El Malverde at the time, of course, though they'd seen his image on Mexican novelas. He was just another paísa in cowboy dress, looking more narco than santo. Still, Moisés knew this was a sacred place and such a meeting could not be coincidence, so he slapped Josué on the back of the head and they both removed their hats in respect.

—You headed north, muchachos?—asked the paísa, without introducing himself.

—Yes,—said Moisés. —You know the way?

He nodded and stroked his mustaches in contemplation.

—Yeah, I know it. But I don't think you'll be able to make it the

whole way with me.

—We've made it this far, no?

—Ok, then. But if you bother me with questions, you'll stay wherever you are.

Moisés wasn't worried. He was used to not asking questions. And wherever the man decided to leave him, he'd be no worse off than now. He waved to Josué and they followed El Malverde to a Chevrolet Silverado four-by-four he had parked on a patch of dry ground at the edge of the swamp.

Josué looked at Moisés with questioning eyes, but Moisés just shook his head.

They drove day and night until they reached Guadalajara. El Malverde parked the Chevy in a vacant lot where hundreds of people were sleeping in the open, some in the ruins of an abandoned factory and others in the sliver of shade cast by a parked eighteen-wheeler. Men, women and children, guanacos, chapines and catrachos, they lay exhausted among the meager possessions they had managed to bring from their homelands.

Looking over his shoulders, El Malverde approached the truck and placed a small package under the cab. Then he hopped back in the Chevy and took off. As the pickup pulled away from the lot, Moisés heard a loud explosion. The rear-view mirror showed him the crimson flames leaping from the wreckage of the eighteen-wheeler.

—But why?—he asked before he realized his mistake.

—No more questions,—said El Malverde,—or you'll be left on foot.

—Sorry, caballero. It won't happen again.

And so they continued on their way, Moisés, Josué and Jesús Malverde, until they reached Culiacán. El Malverde parked the Chevy outside a humble, cinderblock house in a humble, cinderblock neighborhood.

—Stay here,—he said and went into the house.

Moisés and Josué heard a ruckus, and then they saw a young man sprint out the front door. Cool as a cucumber, El Malverde strode out the door behind him, raised his revolver and fired three shots.

The young man fell to the ground in a pool of blood. El Malverde got into the truck and turned on the radio. A sad bolero was playing.

—Let's go.

As they pulled away from the house and the voice of a woman crying inside, Moisés couldn't help asking,

—So you're a sicario, then?

—I won't warn you again. One more question and you'll have to walk to the gabacho.

They drove day and night again, El Malverde showing no signs of tiring, until they reached Nogales. There, they saw the Wall, the infamous Wall, a barrier of steel and concrete stretching ten meters into the sky and, to hear it told, three meters underground.

—I've seen bigger,—said El Malverde.

They were at a spot far from the road and the official point of entry, halfway in between two guard towers where Border Patrol officers in forest green uniforms manned heavy machine guns. Floodlights swept the desert in all directions, but in this one spot a cluster of rocky outcroppings afforded them concealment from searching eyes.

At the base of the wall, a group of would-be migrants was tearing at the wall with pickaxes and had nearly opened a hole through the thinnest section.

El Malverde fired a shot in the air and the migrants scattered.

—Come on,—he said and took some tools from the bed of the Chevy. Too frightened not to comply, Moisés and Josué followed his lead, and together they repaired the hole in the wall.

—That gringo said the Mexicans would build the wall,—said Moisés when they had finished their strange endeavor, —but I never thought I'd help.

—Strike three,—said El Malverde. —This is where we say adiós.

—Ok,—said Moisés, not entirely unhappy to be parting ways with this possible psychopath, —but tell me, who are you? You're not just any sicario. Why did you do what you did?

—I told you you'd never make it with me. The owner of the trailer was the worst coyote in Mexico. He was going to sell all those people as slaves in Gringolandia.

Moisés nodded. He had heard that such things happened.

—The kid I killed was already one of the deadliest sicarios in Mexico, murderer of a hundred innocents. But his mother is a saint,



still young enough God will bless her with another son, who will grow up to be the first Mexican pope.

Now Moisés let his jaw hang open. Who would have imagined? —And the wall?—he asked.

—Ten meters underground there is a tunnel so deep and wide that a hundred can pass through at once. If la migra had seen the hole in the wall, they would have found the tunnel, and thousands of immigrants would never reach the other side.

How could Moisés have been so stupid? Of course a man this wise would not have fixed up the wall for no reason. And if there was a tunnel underneath, right here outside Nogales...

—No,—said Jesús Malverde, for Moisés was sure now it was him. —You are to take a different path. Take this walking stick, because from here on out, you're on foot.

Moisés took the walking stick, realizing he had missed having one during his trek through the southern forests. He turned to Josué.

—You go through the tunnel. I'll see you in San Antonio. Josué nodded and scurried off, probably afraid the Border Patrol would soon be upon them.

Moisés turned to say goodbye to El Malverde, but he was gone, without leaving so much as a footprint in the sand. The Chevy was gone too. Moisés was utterly alone in the desert. And he knew just what to do.

A month later, Moisés stood on the beach on the northernmost tip of Yucatán, looking northward across the Gulf toward the still invisible coasts of Florida. Behind him stood seven thousand men, women and children, guanacos, chapines and catrachos, their meager possessions crammed into suitcases, knapsacks and garbage bags. They all waited for his signal.

Moisés held out his walking stick and touched the surf.